

JOSE LEZAMA LIMA

Paradiso

contemporáneos



Paradiso

Para Jorge Edwards, por su
novela, por su visita y por su
llegada a lo cubano.

Algunos de
J. Pagan King
filas / 1968

su primera seguridad. Comenzó a sonreír. Afuera, en contraste, empezaba de nuevo en sus ráfagas el aguacero de octubre.

—Te hicieron daño —dijo Baldovina— son muy malos y te habrán asustado con esas sábanas y cruces. Yo siempre se lo digo a la Señora, que Zoar es muy raro y que Truni por él es capaz de emborrachar al cabo de guardia.

El muchacho tembló, parecía que no podía hablar, pero dijo: Ahora se me quedarán esas cruces pintadas por el cuerpo y nadie me querrá besar para no encontrarse con los besos de Truni.

X —Seguramente, le contestó, Truni lo ha hecho adrede. Eso debe ser para ella un gran placer, pero esa bobería que tiene tu edad rompe todos los conjuros. Es capaz de volverse a aparecer y empezar los besuqueos. Además, lo haría en tal forma... bueno, cuando yo digo que Truni es capaz de quemar a un dormido. Además, siguió diciendo, me parece que el jadeo de tu pecho, los colores que levanta te impiden verte. Pero lo tuyo es un mal de lamparones que se extiende como tachaduras, como los tachones rojos del flamboyant. Como un pequeño círculo de algas, que primero flotasen por tu piel y que después penetrase por tu cuerpo, de tal manera que cuando uno te abre la ropa, piensa encontrarse con agua muy espesa de jabón con yerbas de nido.

Comenzó el pequeño Cemí a orinar un agua anaranjada, sanguinolenta casi, donde parecía que flotasen escamas. Baldovina tenía la impresión del cuerpo blanducho, quemado en espirales al rojo. Al ver el agua de orine, sintió nuevos terrores, pues pensó que el niño se iba a disolver en el agua, o que esa agua se lo llevaría afuera, para encontrarse con el gran aguacero de octubre.

—Todavía estás ahí, decía, y lo apretaba, no queriéndolo retener, pues estaba demasiado aterrorizada, sino, por intervalos, para comprobarlo. Después le daba un tirón y se quedaba muda, asombrada de que aún flotase en aquella agua que lo iba a transportar fuera de la casa, sin que se dieran cuenta los centinelas, sin que éstos pudieran hacer bayoneta con los que se lo llevaban.

nombre?, preguntaba, condescendiendo a creer que alguien se encontraba situado en frente.

Resuelvo en el *Resolución*, decía con su carcajada que se detenía de pronto, sorprendiendo el tajo, aludiendo al ingenio que tenía en Santa Clara, pero voy preparando mi «gossá familia». Fuerte, insaciable, muy silencioso, se volvía locuaz ese día, que nadie sabía cuándo llegaba, como los cometas. Las había verificado en dos semanas sucesivas o pasaban cinco años y ni siquiera hablaba de las posibilidades del día de la gloria sin nombre y sin fecha. Concentrado en el pescuezo corto del vasco, sus articulaciones se trataban como piedras y arenas. El hermano de la señora Rialta, que ya exigirá, de acuerdo con su peculiar modo, penetrar en la novela, decía de él, zumbando las zetas: —es como la cerveza que quitándole el tapón se le va la fortaleza. Sin embargo, él como para burlarse en secreto de esa frase, no perdió nunca la fortaleza, buena señal de que estaba taponado por Dios.

El aliento parecía que recobraba en él su primitiva función sagrada de *flatus Dei*. Al no hablar, parecía que ese aliento convertido en dinamita de platino se colocaba al pie de los montículos de sus músculos y troncos de venas. Cualquier sencillez que dijese parecía brotar de ese almácigo de acumulado aliento. Pero en el día del gozo familiar, ese aliento se trocaba en árbol del centro familiar y a su sombra parecía relatar, invencionar, alcanzar su mejor forma de palabra y ademán, como si fuese a presentar, según las señales que los teólogos atribuían a la fiesta final de Josafat.

—Mis músculos estaban despiertos como los del gamo, cuando yo era joven en Bilbao y corría impulsándome más y más con el viento, dijo. En ese momento empezó a repartirse el primer plato, pedazos de la fruta de estación, se levantó y empezó a derramar en cada una de las bandejas que portaban los más jóvenes, vino de uva lusitana. Es de la cepa —añadió haciendo un paréntesis en su relato— que le gusta a los ingleses tories, y bueno es que desde muchacho nos acostum-

iniciar el contrapunto del macramé o del tunecino, y evitar un comienzo de labores demasiado rígido, prefería sonriéndose recordar la burla que se había apoderado de toda la familia y volviéndose hacia Rialta le indicaba que si fuera su gusto podían comenzar a despertar las primeras notas del órgano.

José Cemí había oído de niño a la señora Augusta, o a Rialta, o a su tía Leticia, decir cuando quería colocar algún sucedido en un tiempo remoto y en un lugar lejano, como si aludiesen a la Orplid o a la Atlántida, o como los griegos del período pericleo hablaban de la *lejana Samos*, comentar cosas de *cuando la emigración, o allá en Jacksonville*. Era una fórmula para despertar la imaginación familiar, o esa condición de arca de la alianza resistente en el tiempo, que se apodera de la familia, cuando conservando su unidad de cercanía, se ve obligada a anclar en otra perspectiva, que viene como a tornar en mágica esa unidad familiar rodeada de una diversidad que tocan como desconocidas sus miradas. Hablar de aquellas Navidades en Jacksonville, era hablar de la Navidad única, desventurada, escarchada, terrible, pero acompañada de rebrillos, llegadas indescifrables, manjares encantados, cobrando la familia el misterioso calor bíblico de sentirse asediada por todos sus bastiones y torres. Pero esperando la llegada, que sucediese algo, un ópalo frío y errante surcando con su variada cola de avisos.

Otra frase que tenía como un relieve druídico, la más intocable lejanía familiar, donde los rostros se desvanecían como si los viésemos por debajo del mar, o siempre inconclusos y comenzantes, cuando se aludía a la madre de la señora Augusta, a la abuela Cambita, Doña Carmen Alate, se trazaba entonces el Ponto Euxino de la extensión familiar, y cuando se decía que era hija de un oidor de la Audiencia de Puerto Rico, era esa palabra de *oidor*, oída y saboreada por José Cemí como la clave imposible de un mundo desconocido, que recordaba el rostro en piedra, en el Palazzo Capitolino, de la Emperatriz Plotina, donde la capilla rocosa que forma la nariz, al descascararse causa la impresión de un rostro egipcio de la era

Dypilon, que al irle arrancando las cintas de lino va mostrando la conservación juvenil de la piel, dándonos un nuevo efecto donde el tiempo interviene como un artífice preciso, pero ciego, anulando las primeras calidades buscadas por el artista y añadiéndoles otras que serían capaces de humillar a ese mismo artista al plantear la nueva solución de un rostro en piedra que él no pudo ni siquiera entrever. Nos parece que ahí el tiempo se burla del tiempo, pues al lanzarse ferozmente sobre aquel rostro de piedra y obtener su primera momentánea victoria al descascarar la nariz, reaparece esa misma nariz, riando o dialogando con el rostro que ha permanecido inmutable. Así, esa palabra oidor, marcaba un confín, el límite de la familia donde ya no se podían establecer más precisiones en sangre y apellidos, pero llenando al mismo tiempo esa línea del horizonte de delfines y salmones griegos, de tortugas trasladando lotos, como aparecen en las mitologías hindúes. De tal manera, que cuando saltaba en las conversaciones familiares, la frase *la hija del oidor*, cobraba Doña Cambita la presencia de una divinidad dual, una de cuyas apariciones era vieja y sarmentosa, apenas reconstruible, y en su reverso, el de una doncella, que habiendo estado en el destierro, reaparece surgiendo del bosque acompañada por un doncel secularmente dormido en sus brazos y un antílope sobresaltado, que mira con incesante desconfianza al cachazudo rey que se adelanta para abrazar a su hija.

Quando Andrés Olaya atravesó el patio de su nueva casa en Jacksonville, le sorprendió con algún borde hundido y sus incrustaciones saltadas, el atril de su hijo Andresito, que le había regalado para sus estudios de violín. Le rodearon sus hijas exclamando: —Papá, Andresito se encierra en el cuarto de la azotea, donde usted le dijo que estudiara el violín, pero nosotros nos asomamos por las persianas, y todas lo vimos que estaba fumando; nos llamó Mamá para que nos despidiéramos de Florita, que nos había visitado, y después de un rato volvimos a asomarnos, y estaba fumando otro cigarro. Le dice a Mamá que estudia, pero lo que hace es fumar un cigarro tras otro. El otro día le dio una fatiga de tanto fumar, y tuvo que

del cuerpo el recuerdo que se precisa en la Noche treinta y cuatro, cuando en el palacio un joven confiesa, el Rey de las Islas Negras, gimiendo y levantando su túnica, que era hombre de la cabeza a la cintura, y que tenía la otra mitad de mármol negro. Acababa de sumar sus tensiones, de ser recorrido por un hilo eléctrico al tener que cumplimentar una sorpresa, de esperar aquel volante punto harinoso, cuando el ruido del agua al mezclarse con aquel acecho, parecía ser secuestrado o mezclado en la gloria de aquellos cuerpos remachados en el martirio impuesto por aquellas toallas de herejes orientales. El reencuentro del sentido de las mezclas en el gusto, y de los cuerpos, escondidos primero en las grutas goteantes, ocultos también en el propio rumor del agua, engendrarían en José Eugenio una especie de impresión palpatoria, que en los cuerpos viene a reemplazar a la impresión visual. El hecho de mezclar en el gusto una especie cualquiera, quedaría para él como una infinita sexualidad engendrada por la memoria de un tacto imposible, que a ciegas reconstruía los cuerpos en la lejanía y en el rumor de las cascadas filtradas por los muros de una cárcel. Necesitaba enceguecerse, reconstruir el salto de los cuerpos en la cascada de medianoche, para sentir el aguijonazo de lo sexual, mientras la gracia del acecho, de una sexualidad visible e inmediata, lo llevaban a una espera sin posibilidad de ser surcada, infinita, donde la simple presencia de un objeto era una traición intolerable, ofuscadora, que lo hacía aullar como las bestias que buscan la carroña nocturna en su evaporación. Al terminar el almuerzo, los alegres gimnastas bajo el chapuzón habían también desaparecido. Como si hubiesen retirado las planchas metálicas, el coro de los bañistas onduló al soplar su caramillo cerca de la caseta de los coperos; avanzaron hacia un punto como si fueran a transmitir un secreto cambio de guardias, y desaparecieron en el humillo del café que venía a terminar el acecho de un gato color de pólvora, agigantado, levemente monstruoso, como los que aparecen en las pesadillas de los geniales de los cien días, con su piel muy estirada, terminada en innumerables tubillos como mamas incipientes, paseándose arrastrado a lo largo del refectorio, como la sombra silbante que surge del mar y desaparece deglutida por el genio dilatador de la ceiba.

generales

el grabado del amolador, al tiempo que oía a su padre decir: el bachiller. De tal manera, que por una irregular acomodación de gesto y voz, creyó que el bachiller era el amolador, y el amolador el bachiller. Así cuando días más tarde su padre le dijo: —¿Cuando tengas más años querrás ser bachiller? ¿Qué es un bachiller?— Contestaba con la seguridad de quien ha comprobado sus visiones. —Un bachiller es una rueda que lanza chispas, que a medida que la rueda va alcanzando más velocidad, las chispas se multiplican hasta aclarar la noche.—. Como quiera en ese momento su padre no podía precisar el trueque de los grabados en relación con la voz que explicaba, se extrañó del raro don metafórico de su hijo. De su manera profética y simbólica de entender los oficios.

El bandolerismo, mal del contorno, falta de diferenciación bien marcada entre la ciudad y el bosque, tenía que ser destruido. Un grupo de oficiales, entre los que estaba el Coronel, fueron designados en las zonas de Cruces, Remedios y Placetas, con órdenes muy radicales. Era algo que todavía nos quedaba del siglo XIX español, el bandido para los pobres, el cuadrillero que regresa de noche para entristecerse bajo las rejas con la hija del alcalde, las simpatías entre el jefe de los conspiradores y el jefe de los trabuqueros marginados a la ley. El Coronel pudo observar que muchos de los vecinos mantenían relaciones a lo Rastignac con los cuadrilleros. Tenía que ser la acción uniforme y forzosamente mortífera del ejército, que entonces se reorganizaba, para evitar el heroísmo falso derivado del machismo. De la autoridad burlada frente al bandolero sentimental, que así se hacía llamar, cuando en el fondo era un negocio cómodo, bien organizado y mejor establecido, sin riesgo alguno, pues las autoridades locales y los vecinos ricos intervenían para llenar sus marsupias, obligando con aquellas «bandas blancas» a los negocios que le eran convenientes. Cuando el Coronel paseaba con el cura, el alcalde, el jefe de policía, el médico de la casa de socorro, el pueblo necesitaba esas frases, que son de su gusto, chorro de su leve resentimiento, recostado en frases viejas como la modorra y el tejón: «Todos roban», «los infelices pagan las consecuencias», «ningún rico va

ningún

un cubano fuerte, viril, que en cualquier latitud donde estuvo se ganó la admiración, y que pronto metería espada de arriba a abajo, persiguiendo los bandoleros hasta llevarlos a sombrecarse en el patio de las cárceles, y llevando al Juzgado los nombres de los comprometidos en las zonas urbanas, lo mismo autoridades enmascaradas, que ciudadanos presuntuosos, y comunicándolo después al Estado Mayor en un informe, donde consignaba que el bandolerismo no sería posible sin la cooperación solapada y bien pagada de muy principales autoridades. Pero fue otra la gesta por la que se ganó la buena y graciosa simpatía del pueblo de Dios. Había salido a darle alcance a un campamento de bandoleros, cubierto por matojos de lianas, cocoteros y ceibales. Empezaron los fogonazos de la persecución, pero parece que por algún río seco soterrado, ahora enriquecido de estalactitas y túneles sombríos, se habían fugado los malhechores, para caer la cuadrilla completa en la próxima trampa tendida. En el centro del desaparecido vivaqueo, un caldero de cobre esparcía los aromas de un pollo avivado por el zumo del sofrito y un arroz engordado por el lúpulo cervecero. Buena introducción al mandibuleo criollo, picado por la costumbrosa cerveza fácil. En bandeja cercana, sobre los potros que ofrecían su madera aun gruñona por el corte reciente, la guayaba también matinal y reciente, apisonando las lascas porcinas con listones rosados, que provocaban al ramito del perejil en la punta de las zonas palatales. Un lépero, flacucho mestizo, perdida ya la dentición, achicado el cráneo, pavoneaba su pesimismo acerca de la ingerencia de la delicia, enfrentada con un apetito descomunal. Decía: «creo que está envenenado, yo no lo comería, le han echado pluma de sijú con muérdago». Y meneando la cabeza amenazaba presagios y honduras de mortandades. Alzando una estaca, al centro de las bandejas, había cruzado huesos y puesto con deficientes exclamaciones: Veneno.

Entrando por el centro del nudo, que le revelaban de pronto que todo aquello eran engañifas, pues qué sabían esas gentes de veneno, y las mismas señales evidenciaban la mentira, pues eran más bien burlas dejadas al paso, en la imposibili-